

UN ROMANCE OLVIDADO DE LOS CARVAJALES Y «EL EMPLAZADO», DE JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

MANUEL URBANO PÉREZ ORTEGA

RESUMEN

Junto a un apretado repaso por la bibliografía literaria, en especial del siglo XIX, que toma como fuente de inspiración este acontecimiento histórico, tan adobado de leyendas e imaginación popular, reproducimos un romance hasta ahora olvidado, La Peña de Martos, a la par que ofrecemos unos apuntes biobibliográficos de su autor, el sevillano, miembro de la conocida como segunda escuela romántica, José Lamarque.

NOTICIA BIOBIBLIOGRÁFICA DEL AUTOR

Hijo de francés y trianera, nace nuestro autor en Sevilla y en 1828. Empresario, dueño de un floreciente negocio de hierros y maderas dedicado a la importación y exportación. Por igual, realizará funciones diplomáticas, siendo, primero, cónsul del reino de Nápoles y de El Salvador y, a partir de 1861, de Australia y Hungría. Propietario, en 1867, de *El Eco de Andalucía*, el periódico que durante tantos años dirigiese Benito Más y Prat. Mecenaz y gran aficionado al arte, individuo conspicuo en la sociedad hispalense, miembro del Ateneo y de la sociedad El Folk-lore andaluz –por su afición a los temas de cultura tradicional– y hermano mayor de la

cofradía de la Soledad. Por igual, fue individuo activo de la tertulia semanal del poeta y bibliógrafo Juan José Bueno¹ –archivero jefe de la Biblioteca Universitaria, todo un teorizante de la Escuela sevillana– y, ante todo, dinamizador de la muy concurrida que fundara en unión de su esposa, en el palacete construido, en 1872, en Dos Hermanas y al que bautizara como Alquería del Pilar, donde se dieran cita lo más granado de la intelectualidad sevillana. Perteneció a la academia Arcades, de Roma, y fue correspondiente de la de la Historia. En 1876 se le concede la gran cruz de Isabel la Católica.

¹ Sus intervenciones, como las demás de los miembros, se recogen en *Colección de poesías selectas*, Impta. de *El Porvenir*; Sevilla, 1861.

En abril de 1861 casó con la escritora y poeta Antonia Díaz Fernández, la que tras el matrimonio adoptó el apellido de Lamarque –Marchena, 1827; Dos Hermanas, 1892–, con la que no tuvo descendencia a causa de una enfermedad, anemia cerebral tal vez, que la aquejaría durante su vida². Falleció nuestro autor en 1904.

Individuo de firmes convicciones religiosas, estuvo muy vinculado, junto a su esposa, a la Juventud Católica y su órgano *La verdad católica*. Fue, por igual, de decididas ideas monárquicas y partidario de la restauración isabelina; ahí su libro *España por Don Alfonso*, 1875. Ideológicamente, quizás pueda definirle su soneto «El burgués», que tantas reproducciones alcanzara: «En constante labor, serio, inclinado / sobre humilde carpeta todo el día, / luchando a veces con la suerte impía, / al negocio el burgués vive entregado. // Cual padre amante, como esposo honrado, / su familia es su gloria, en Dios confía / y, si ventajas logra en su porfía, / utilizase en ellos el Estado. / Mas, ¡ay de él cuando es rico! Se le apoda / ladrón y avaro, y obligarle es moda / a sacrificios mil por el obrero. / Y, por huelgas e insultos perseguido, / recorre a su pesar, casi rendido, / de un Calvario sin fin brusco sendero».

Amante de las tradiciones populares, impulsará, junto a la Fernán Caballero y Luís Montoto la romería de Valmes, en *Dos Hermanas*; inclinación que le haría mantener amistad y correspondencia epistolar con Hugo Shuchard³ y, sobre todo, le impulsa a escribir uno de los libros pioneros en estos temas, *Leyendas históricas y tradiciones*, 1867⁴.

Espíritu clasicista y continuador de motivos románticos, es miembro notable de la que viene denominándose como escuela moderna sevillana

² Para su vida y obra, tan conjunta con la de su esposo, remitimos a PALOMEQUE, Marta y RAMÓN GUTIÉRREZ, Isabel: *El silencio será nuestra poesía. Antonia Díaz de Lamarque una escritora sevillana del ochocientos*; Edit. Ayuntamiento de Sevilla; Sevilla, 2007.

³ Vid. PINEDA NOVO, Daniel: «Hugo Schuards y José Lamarque de Navoa», en *Revista*; Ayuntamiento de Écija, 1994.

⁴ Impta. de Manuel P. Salvador; Sevilla.

de poesía, o segunda escuela romántica, de la que fuera firme adalid y, en consecuencia, furibundo beligerante contra el modernismo que se afianzara en sus últimos días, «de esos tontos del futraque, como Salvador Rueda». De ahí que en ese mismo testimonio que nos legara de quien fuese su joven amigo, Juan Ramón Jiménez, éste recordase⁵:

Don José Lamarque me daba siempre consejos y me dijera que leyera a don José Villa y a su hermana doña Mercedes, a don Luís Montoto y Rautenstrauch, a don Francisco Rodríguez Marín y otros, que formaban la peña poética sevillana del instante pasado, y que me dejase de aquellas revistas de Madrid.

De su abundante producción y junto a las referidas leyendas, merecen recordarse, en prosa, *Desde la montaña: cartas e impresiones de viaje dirigidas al director del Eco de Andalucía*, 1883; así como sus poemarios: *A nuestro Santo Padre Pío IX, con motivo de su alocución pronunciada en el consistorio secreto de 30 de septiembre de 1861*, 1861; *Poesías*, 1867; *España por don Alfonso*, 1875; *Recuerdos de las montañas, baladas y leyendas*, 1879, 2ª edón. 1891; *Cristóbal Colón*, 1892; *La catedral de Santiago*, 1887; *Ecós de la patria: al mar*, 1889; *Sueños de primavera*, 1891; *Poesías líricas*, 1893, 2ª edón. 1895; *El fondo de mi cartera*, 1898; *Desde mi retiro*, 1900, y *Remembranzas*, 1903.

Una obra amplia y con las más distintas formas, desde odas, a romances o sonetos, en la que se advierte, prioritariamente, la influencia de Zorrilla y toda la escuela posbecqueriana.

EL ROMANCE

«La peña de Martos», romance histórico, apareció publicado por primera vez, que sepamos, en *El Museo Literario*, Valencia, Año 2, tomo 2º, nºs 46, 47 y 48, de fechas 12, 19 y 26 de noviembre de 1865, y recogido con posterioridad en

⁵ «El modernismo poético en España e Hispanoamérica», *Prosas críticas*, págs. 161-162; Edit. Taurus; Madrid, 1981.

sus libros *Poesías*, en 1867⁶, y *Sueños de primavera. Leyendas*. 2ª edón. 1891⁷.

Estamos ante un texto de larguísima tradición literaria, en buena parte estudiada, y la que simplificamos⁸. En ella historia y leyenda se entretajan en su acción para que se alcance el triunfo ejemplarizante de la justicia divina sobre la humana, tomando como base a unos acontecimientos acaecidos en 1312 y, en alguna medida, verídicos. De ellos, el primer testimonio histórico de cierta relevancia lo obtenemos del capítulo decimotercero de la *Crónica de Fernando IV*, escrita alrededor de una treintena de años con posterioridad a los acontecimientos que narra⁹:

E el Rey salió de Jaen, e fuese a Martos, e estando y mandó matar dos cavalleros que andavan en su casa, que vinieran y a repto que les fasían por la muerte de un cavallero que desían que mataron quando el Rey era en Palencia, saliendo de casa del Rey una noche, al qual desían Juan Alonso de Benavides. E estos cavalleros, quando los el Rey mandó matar, veyendo que los matavan en tuerto, dixeron que emplasavan al Rey que pareciesse ante Dios con ellos a juicio sobre esta muerte que él les mandava dar con tuerto, de aquel día en que ellos morían a treynta días. E ellos muertos, otro día fuese el Rey para la hueste de Alcaudete [...] E el Rey estando en esta cerca de Alcaudete, tomóle una dolencia muy grande, e vínose para Jaen con la dolencia, e no se queriendo guardar, comía carne cada día, e bebía vino... E otro día jueves, siete de setiembre, víspera de Sancta María, echóse el Rey a dormir, e un poco después de medio día fallárosle muerto en la cama, en guisa que ninguno lo vieron morir. E este jueves se cumplieron los treinta días del emplazamiento de los cavalleros que mandó matar en Martos.

⁶ Págs. 141 y sts. Impta. Manuel P. Salvador; Sevilla.

⁷ Págs. 35 y sts. Edit. Pons y Cía; Barcelona.

⁸ Vid. MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *Antología de poetas líricos castellanos*, t. VII; Edit. CSIC.; Madrid, 1944; como, del mismo autor, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, t. IV; Edit. CSIC, 1949. Así como VALLADARES REGUERO, Aurelio: «La muerte de los hermanos Carvajales y Fernando IV: fortuna de un tema literario de ambientación giennense»; en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, nº 157, págs. 199 y sts.; Jaén, 1995.

⁹ MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Antología de poetas líricos castellanos*, T. VII, págs. 28 y ste.

Un siglo después, hacia 1472, Diego Rodríguez de Almela, en *Valerio de las historias escolásticas y de los hechos de España*, ofrecerá más detalles, tales como, entre otros de menor relieve, los nombres de los dos caballeros ajusticiados –Pedro y Juan Alfonso de Carvajal–, o que el rey los mandó «despeñar de la peña de Martos», subrayando la tendenciosa culpabilidad del monarca. Para entonces ya habría tomado cuerpo la leyenda y era famoso el sepulcro de los hermanos en la iglesia de Santa Marta. La tradición oral popular y, ante todo, el romancero desde el *Cancionero de Romances* (ant. a 1550), forjarían una leyenda que, no obstante ser rechazada por los historiadores desde su práctico origen¹⁰, aún continuará pujante en diversos romances, algunos compuestos a raíz de los mismos acontecimientos, y viva en nuestra hora, «de los que de Martos ovo despeñado / segund dizen rústicos desto cantando», como rezan los versos, hacia 1444, de Juan de Mena en *Laberinto de Fortuna*. Un romancero, insistimos, que dota de mayor intensidad a lo trágico con nuevas escenas como es la tremenda de la descuartización de los cuerpos antes de ser despeñados.

Toda una tradición literaria que, cómo no, confluye en el Siglo de Oro e inspirará obras tales como *La inocente sangre*, «tragedia» de Lope de Vega, quien sigue a la ya citada obra de Almela, a la que agrega, para conferir mayor dramatismo a su texto, la existencia de una relación amorosa entre Ana de Benavides, hermana del asesinado, y don Juan de Carvajal, rival de don García, quien también pretendía a la dama; éste y don Ramiro, personaje que fuera humillado por los Carvajales, son quienes comunican al Rey que el crimen fue cometido por los dos nobles herma-

¹⁰ BENAVIDES, Antonio: «Sobre el emplazamiento del Rey Fernando IV», en *La Ilustración Española y Americana*; Madrid, 5 de junio de 1871:

«Ebn Alhhatinb, que escribió su historia hacia 1362, cincuenta años después de la muerte del rey, es el primer escritor que hace mérito del emplazamiento, poniendo en seria duda la creencia vulgar que, apenas inventada, comenzaba a tomar cuerpo. Acerca de la muerte de este Rey se cuenta una fábula singular, la cual hemos referido en la crónica de los varones ilustres.

nos. Al margen de otras escenas y personajes, que se dan cita en la emocionada acción del drama –aunque Menéndez y Pelayo la acuse de falta de «la virtud épica y popular»–, Lope hace que el Rey case a Ana con don Juan antes de cumplir la sentencia de arrojarles desde «la gran Peña de Martos»; ella por igual, recogería sus despojos.

Por su parte, Tirso de Molina, en *La prudencia en la mujer*, la gran comedia histórica sobre Doña María de Molina, dará entrada a las conocidas disputas entre Benavides y Carvajales, concluyendo la pieza con una estrofa en la que el mercedario poeta anuncia una nueva obra sobre tan trágicos acontecimientos, la que, de haber sido escrita, no ha llegado hasta nosotros:

*De los dos Carvajales
con la segunda comedia
Tirso, senado, os convida,
si ha sido a vuestro gusto ésta.*

Por cuanto hace al romanticismo la atención que despierta el tema es notable, como notable es su presencia en la escena, el libro o la prensa de la época¹¹, entre la que debe citarse, que sepamos, por pionero el cuento de Telesforo de Trueba, «The Brothers Carvajal», «Los hermanos Carvajales», perteneciente a *The romance of history* (1830¹²), libro que, como bien sugiriera Marcelino Menéndez y Pelayo, debió traducirse como «Leyendas tradicionales españolas», en vez de *España romántica. Colección de de anécdotas y sucesos novelescos sacados de la historia de España*¹³; narración que, por cierto, no fuera muy del gusto de polígrafo santanderino, tan amante del Romancero, quien, amén de calificarla como fría y prolija, la tilda de nutrirse, como tantas otras, de los arquetipos repetidos por los autores dramáticos: «ni en Los Carvajales hallamos cosa alguna que nos recuerde *La inocente sangre*, de Lope de

Vega¹⁴». Algunos años después y ya póstumo, firmado sólo con las iniciales de nuestro autor, aparecerá publicado en el *Semanario Pintoresco Español*¹⁵, sin el breve «Resumen histórico» que le antecede en el libro y acompañado de un anónimo grabadito, bajo el significativo título de «Justicia de Dios».

Años después, en 1837, Ángel Gálvez, publica dentro de las páginas de *El observatorio pintoresco*, su relato «Siglo XIV. Ejecución de los hermanos Carvajal y muerte de Fernando el emplazado»¹⁶; un texto que no aporta nada de interés histórico o literario sobre lo ya dicho. A finales de noviembre de ese mismo año, Manuel Bretón de los Herreros estrenará el drama, inequívocamente romántico, en cinco actos y en verso, *Don Fernando el Emplazado*, el que, a juicio de E. Allison Peers¹⁷, «acaso deba unas cuantas líneas al diálogo a *Marion Delorme*», de Víctor Hugo. Una obra que, como ya ha sido señalado por la crítica, presumiblemente tuviese como fuente el mencionado *Valeriano de las historias...*, si bien inserta en su acción notables diferencias, como es la de que el propio Rey se encuentra lascivamente enamorado de Sancha de Benavides, amante de Pedro de Carvajal; o la inclusión de un tercer hermano Carvajal que intenta asesinar al Rey; o la alta dosis de elementos románticos que envuelven la escena central del despeñamiento, adobada de misteriosas tenebrosidades, relámpagos y truenos; o que tras la muerte del Rey en Jaén, se abran las ventanas de su estancia para informar al pueblo la muerte del tirano y proclamar al pueblo la figura de Alfonso XI. Un drama que, a mi juicio, pues no creo que ese mismo año se estrenasen dos distintos sobre el mismo tema, sería llamado como *Los Carvajales*¹⁸.

Menor interés literario ofrece el romance, dividido en tres partes, con el que Isabel Camps

¹¹ Aunque con alguna ausencia romántica y posromántica, Valladares Reguero, ofrece un buen catálogo en el citado artículo «La muerte de los hermanos Carvajales y Fernando IV...».

¹² Edgard Bull, London.

¹³ Librería de D.J.A. Sellas y Oliva; Barcelona, 1840, en traducción de Andrés T. Mauglaez.

¹⁴ pág. 138.

¹⁵ Págs. 339-343.

¹⁶

¹⁷ *Historia del movimiento romántico español*, t. I, pág. 303; Madrid, 1973.

¹⁸ Leemos en *El guardia Nacional*, de 28 de noviembre de 1837, esta escueta nota: «El Sr. Lara ejecutará para su beneficio el drama titulado *Los Carvajales*».

y Arredondo se suma al *Romancero de Jaén*, «No hay plazo que no se cumpla»¹⁹, si bien se sujeta más al hecho histórico, como es la presencia del monarca en Martos, pues va en auxilio de las tropas de Alcaudete, donde le llegan al rey rumores e infundadas sospechas de la muerte en Palencia de Benavides a manos de los Carvajales, caballeros de la orden de Calatrava. De carácter violento, ordena el ajusticiamiento de los nobles, arrojándolos en una jaula desde la Peña, la que logra detenerse en el lugar que, desde entonces, será conocido por la Cruz del lloro. Llegado el término del emplazamiento, el rey entra en su aposento del que no volverá a salir, «lo que pasó allí dentro / sólo es Dios quien lo sabe». Novedoso es el tema de la duda sembrada, como que entren en el mismo por vez primera elementos provenientes de la tradición oral, caso de la jaula en que introdujeran a los caballeros, o la referencia a la Cruz del lloro.

Por igual, nuestro autor, el sevillano José Lamarque de Novoa publicará «La peña de Martos», extenso romance histórico que divide en siete partes, editado por primera vez, que sepamos, en *El Museo Literario*, Valencia, Año 2, tomo 2º, nºs 46, 47 y 48, de fechas 12, 19 y 26 de noviembre de 1865, y recogido con posterioridad en sus libros *Poesías*, en 1867²⁰, y *Sueños de primavera. Leyendas*. 2ª edón. 1891²¹. Un texto hasta ahora olvidado y de no gran calidad literaria que, desde su inicio, nos muestra a un Rey vengativo y cruel, quien sin mayores elementos de juicio acusa a los Carvajales del asesinato, por lo que se dirige a Martos; llegado que fuera, al rendirle pleitesía los jóvenes caballeros, les prende y manda ajusticiar. Emplazado que es el Rey, éste no alcanza sosiego alguno acosado por la voz de su conciencia y viendo con el paso fugaz de los días cómo inexorablemente se acerca la fecha fatal.

Estamos ante un extenso y excesivo romance dividido en siete partes que, no obstante tener imprecisiones históricas, como la de dar a la

¹⁹ Pág. 55 y ste.

²⁰ Págs. 141 y sts. Impta. Manuel P. Salvador; Sevilla.

²¹ Págs. 35 y sts. Edit. Pons y Cía; Barcelona.

ciudad de Jaén el nombre árabe de «Kiurin», o geográficas y graves, como es la de hacer correr al río Darro frente a las murallas de la capital giennense, tiene la originalidad de nutrirse de la tradición popular –la que adopta en pleno- y no de la literatura que le antecede; de aquí que los Carvajales fueron arrojados desde la Peña dentro de una «caja» de hierro, la que, por fin, pudo detenerse en el llano, en el lugar luego conocido como «La Cruz del lloro», donde el pueblo se doliera del crimen regio y desde donde consternado condujo los destrozados cuerpos hasta la iglesia de Santa Marta para que en ella reposaran con los siglos. En ese lugar, desde hace, en el caserío de la villa, se levantará un sencillo monumento del que habla el poeta y el que le sirve para pronunciar un moralizante y patriótico discurso que sirve de epílogo al romance.

A la par, significamos que, en 1869, se premia como la mejor ópera española, *Don Fernando el Emplazado*, estrenada que fuera en 1871, y realizada en tres actos con libreto de José de Cárdenas Uriarte y música de Valentín Zubiaurre Urionabarrenechea. Desconocemos el texto literario, aunque sí una amplísima nota sobre el mismo, la que, entre otras novedades, nomina a la de Benavides como Estrella²².

Para concluir, simplemente indicar que, como penúltima muestra de su colección, el novelista ovetense Luciano García del Real incluye «Fernando el Emplazado y los hermanos Carvajales», en sus *Tradiciones y leyendas españolas*²³.

Poco más que decir sobre la presencia literaria de este tema en las letras españolas del XIX, si bien no sería del todo ocioso recoger que inspiraría conocidos cuadros de historia, tales como, entre otros, «La muerte de los Carvajales» (1867), de Martínez Cubells y, ante todo, «Últimos momentos de Fernando IV el Emplazado», medalla en la exposición Nacional de 1860, de José Casado del Alisal. Por cuanto concierne a las del XX, con su característico resurgir del interés

²² SALGADO Y ARAUJO, D.: «Revista musical», en *Revista de España*, mayo de 1871; págs. 482-495.

²³ Edit. Luí Tasso; Barcelona, 1898.

por lo español y de lo histórico local en diversos tiempos, simplemente nos limitamos a poner de relieve su presencia, entre otras, en dos de las mejores colecciones de leyendas tradicionales jaenesas: en las prosas de *Jaén legendario y tradicional*²⁴, de Manuel Mozas Mesa; o en los versos del cazorleño José de la Vega Gutiérrez, «La cruel justicia», en *Tiempo y espíritu*²⁵. Pero, ante todo y sobre nuestros personales juicios, quede el texto en el que, a mi parecer y por igual, algo converge la tradición cultural andaluza²⁶:

LA PEÑA DE MARTOS

Leyenda

A mi querido amigo el eminente orientalista Señor D. León Carbonero Sol, en prueba de consideración y aprecio.

I

La muerte del valido.

Gran tumulto hay en Palencia,
nobleza y plebe se agitan,
un triste acontecimiento
la mente de todos fija,
y hacia la morada regia
las turbas se precipitan.
Allí el cadáver de un hombre
en el umbral se divisa,
el rostro desfigurado,
bañado en su sangre misma,
que horror y lástima a un tiempo
al contemplarle infundía;
el pueblo le reconoce...
noble, muy noble es la víctima;
de regia stirpe descende,
la plebe su fausto admira,

²⁴

²⁵ Edit. págs, 149 y sts.

²⁶ Ahí significamos cómo en la ciudad de Sevilla, el piadoso musulmán Abdalá ben Alarabí, pedía y obtenía de Dios morir a los cuarenta y cuatro días de la muerte de su hijo. En el siglo XVII, un grupo de alumbrados sevillanos, como el P. Méndez, asombraban a la ciudad con la predicción de su propia muerte. En fin, no podemos tener como de puro y simple artificio poético los versos del «Romance del emplazado», de Federico García Lorca.

y valido del monarca
los cortesanos lo envidian.
Es don Juan de Benavides,
poderosa es su familia;
venganza tomará el rey,
Dios al matador asista.

Presto la noticia cunde
de maldad tan inaudita,
y al palacio presurosos,
alarde haciendo a porfía
de lealtad, acuden condes,
caballeros de alta guisa,
hijosdalgos y escuderos,
y el clero también envía
representantes que expresen
al monarca de Castilla
el dolor que experimenta,
la indignación que le anima
contra el autor ignorado
de tan fiera alevosía.

Ya en el salón de consejos
reunidos todos se miran,
y con inquietud esperan
del monarca la venida;
hay algunos que en voz baja
sobre el hecho mil noticias
increíbles aventuran:
quién del suceso la intriga
de algún monarca extranjero
da por causa, quién la envidia
de un magnate cuyo nombre
mentar expuesto sería;
y no falta quien le achaque
a la anhelante codicia
que en los deudos del finado
sus riquezas encendían;
que por gozallas más presto
fraguaron tal villanía.
Mas todos, todos presienten
que atroz será la justicia,
y con misterio murmuran:
«noble, muy noble es la víctima
y el rey tomará venganza;
Dios al matador asista».

II

La sospecha.

Abrióse al fin una puerta
de la extensa y regia estancia
y un paje anunció a la corte
la presencia del monarca.

Vistiendo acerada cota
y sobre ella de escarlata
rica túnica, de oro
y zafiros recamada,
y en sus hombros regio manto
de velludo do resaltan
esmeraldas y rubíes
y blancas pieles de Arabia;
de fino temple al costado
ciñendo tajante espada,
y a sus sienes real diadema
cuyo brillo al sol iguala,
el rey don Fernando el cuarto
de su corte a las miradas
mostróse con faz severa
y con gentil arrogancia.
Todos a su paso inclinan
la frente; cada uno aguarda
para sí grato saludo
o tal vez una palabra
del rey... pero en vano; él sigue
mudo y severo su marcha,
y preocupado subiendo
del alto solio las gradas.
Siéntase y con voz que indica
la mal comprimida rabia,
así con pausado tono
a sus cortesanos habla:
«Prelados y nobles condes,
ricos—homes que la guarda
y defensa habéis del reino,
caballeros cuya espada
blandisteis siempre en defensa
de justas y buenas causas,
y vosotros servidores
de mi persona y real casa,
publicad, si lo sabéis,
el nombre del que villana
y torpemente ha manchado
sus manos, de sangre avaras,
en la del fiel Benavides

a las puertas de mi alcázar.
Decidme quién fue el malvado
que inventó tan negra trama
contra el mejor caballero
con que Castilla se honraba.
Decidlo, decidlo presto,
una sospecha me basta,
pues os juro por quien soy
que su cabeza en la plaza
rodará y hasta sus nietos
ha de alcanzar mi venganza».

Siguió silencio profundo
a esta terrible amenaza;
ninguno en el rey airado
la vista fijar osaba,
y en vez de hombres, parecían
los cortesanos estatuas.
— «¿No hay ninguno que conozca
al autor de tal infamia?»—
prosiguió con ronco acento
el irritado monarca.
«¿O es que el temor vuestras lenguas
con lazos indignos ata?
¿Impune quedará el crimen?
¿Libre el matador? ¡oh, rabia!
Mas ¡qué luz! ¡ah! ya adivino,
no hay duda, siempre sus casas
rivales fueron; vencidos
los vi por su fuerte lanza.
Ellos son, los Carvajales;
con esta tan noble hazaña
borrar quisieron la afrenta
que el vencimiento les causa.
¡Traidores!, ah, yo les juro
que el manto de Calatrava
el verdugo de sus hombros
ha de arrancar; deshonorada
su estirpe verán y luego ...
Dios se apiade de sus almas»,
dijo. Despidió a su corte
con inseguras palabras,
e internóse macilento
por las vecinas estancias.

Cual hojas del viento heridas
los cortesanos temblaban,
mudos de terror oyeron
la sentencia fulminada,

y al abandonar sumisos
el regio y suntuoso alcázar,
llenos de temor y dudas
con tenue voz murmuraban:
«¿Será verdad? ¿Y los hijos
de familia tan preclara
habrán sobre ella intentado
echar tan horrible mancha?
Tal vez injustas sospechas ...
¡Oh qué golpe les aguarda!
Sí, morirán ... ¡dura suerte!
Su sentencia está dictada,
que el rey don Fernando el cuarto
es terrible en sus venganzas».

III

Tirano y víctimas.

De Palencia partió el rey
por sus huestes precedido,
y hacia Martos se dirige
silencioso y pensativo.
No va de su fe y [su] patria
a combatir enemigos,
sino a saciar, insensato,
sus vengadores instintos.
En vano el bético suelo
en ricas galas vestido
risueño a su paso muéstrale
sus pomposos atractivos;
canoras aves en vano,
con sus melodiosos trinos,
en dulce canto de amores
vienen a halagar su oído;
que él, en alazán soberbio,
siguiendo audaz su camino,
sólo en su cruel venganza
tiene el pensamiento fijo.
Por ella hasta el amor puro
de su patria da al olvido,
y odioso será por ella
a los venideros siglos.

Ya desde lejos divisa
el alto y fuerte castillo,
ayer morada de infieles
hoy de cristianos asilo.
Allá en una de sus torres,

blanca como piel de armiño,
flotar vese una bandera
del céfiro al blando giro.
Roja cruz tiene en su centro,
santo y noble distintivo
que ostentan de Calatrava
los caballeros invictos,
terror de la gente mora
nunca en la guerra vencidos,
honor y prez de su patria
por su lealtad y heroísmo.
Allí están los Carvajales
que comendadores dignos
son de la Orden y jefes
de aquel murado recinto.
Por eso veloz a Martos
camina el monarca altivo;
venganza pide a sus ojos
la sangre de su valido,
y del Potente juzgando
ser intérprete divino,
olvida, torpe, en su orgullo
que está ofendiendo a Dios mismo.
Marciales trompas anuncian
del real viajero el arribo;
vítores pueblan el aire,
y ponderoso rastrillo
sobre el foso descendiendo
da paso al rey que seguido
va de hueste numerosa
que para escoltarle vino.
Formados los caballeros
a la entrada del castillo
míranse ya, y a rendir
el homenaje debido
al rey de Castilla, llegan
más que todos decididos
los hermanos Carvajales;
mas ah, que al doblar sumisos
la rodilla ante el monarca,
él les dice enfurecido:
«¡Alzad, miserables! nunca
los traidores y asesinos
merecieron la alta honra
de ser servidores míos».
Y dirigiéndose luego
a sus capitanes, dijo:
«Prendedlos; y que cargados

de esposas y férreos grillos,
sean a la lóbrega cárcel
de esta mansión conducidos».

Amenazante murmullo
se alzó al oír el indigno
mandamiento del tirano,
mas pronto quedó extinguido,
y hasta las ilustres víctimas
de proceder tan inicuo
trémulas también ahogaran²⁷
de su indignación el grito.
Así el austro fiero, en torno
de audaz pirata navío,
ruge, conmueve las ondas
y amenaza destruirlo;
mas serénase y a poco
torna el corsario atrevido
a saciar en cien bajeles
su ciego furor impío.

Con altivez el monarca
gozoso mira su triunfo,
y aparentando sereno
rostro, y corazón tranquilo,
a oculto aposento llega
por sus magnates seguido,
de sus nobles prisioneros
a meditar el castigo.

IV

El emplazamiento.

Pardas nubes se amontonan
en el ancho firmamento,
y el sol oculta medroso
su cabellera de fuego.
Pálida centella a veces
rasga de la nube el seno,
y ronco trueno distante
ruge en prolongados ecos.
En la llanura de Martos
cabe el monte giganteo
que entre las nubes se pierde
y llegar parece al cielo,
presa de dolor y espanto
vaga numeroso pueblo

²⁷ Pienso que mejor sería decir *ahogaron*.

presagiando en sus murmullos
un triste acontecimiento.
Triste, sí; que ya se acerca
el duro instante supremo
en que los nobles hermanos
víctimas del error ciego
de injusto rey que no abriga
piedad y amor en su pecho,
en afrentoso suplicio
darán su postrer aliento.
Ya tras el erguido muro,
los aires estremeciendo,
confusas voces se escuchan
y rumor de armas siniestro.
Y en la fuerte barbacana
del castillo, el pendón regio
vese ondear en la mano
del jefe de los arqueros.
Allí se halla el rey, su rostro
lívido está, mas sereno;
gozar quiere en su venganza,
que es su corazón de acero.
Ya del murado recinto
las anchas puertas se abrieron,
y entre guardias aparecen
los desventurados reos.
No ya el noble distintivo
de la cruz orna sus pechos,
mas de Calatrava algunos
esforzados caballeros
clementes les acompañan
su inocencia comprendiendo,
sin temor al duro encono
del rey poderoso y fiero;
y dos freires de la Orden,
con dulce y piadoso acento,
para el momento terrible
van sus almas disponiendo,
no por mirar que les falte
valor y cristiano anhelo,
que ante el suplicio no tiembla
el inocente, ni ciego
las leyes santas olvida
el español caballero;
sino porque Dios ordena
dar a los tristes consuelo.
Los dos hermanos caminan
con paso firme, aunque lento,

y a la explanada se acercan
donde de peñas cubierto
en rauda pendiente el monte
desciende hasta el valle ameno,
que en ella debe cumplirse
en breve el fatal decreto.
Mas, ah, ¿por qué horrorizados
detiéndense? ¿Torpe miedo
en sus pechos valerosos
pudo abrigarse un momento?
¡Oh!, no es temor, que es asombro
y ansiedad y duda a un tiempo
lo que conmueve sus almas;
que no al hacha el noble cuello
doblarán ... aun esto es poco;
funesta caja de hierro,
negro instrumento de muerte,
allí se mira; sus cuerpos
vivos aún, encerrados
en ella serán, y luego
lanzados por los verdugos
al precipicio tremendo.
Así implacable el rey quiere
prolongar sus sufrimientos
y manchar con tal afrenta
la gloria de sus abuelos.

Mas ya al lugar del suplicio
llegan, y el rumor inmenso
del pueblo crece, y confuso
conturba los raudos vientos.
A la fortaleza vuelven
la vista un punto los reos,
y al rey ven que los contempla
tranquilo el rostro y severo;
entonces, como inspirados
alzan las manos al cielo,
y así uno de ellos exclama
con firme y pausado acento:
«¡Rey de Castilla! recuerda
que existe un Dios justiciero;
ante su presencia iguales
son el cayado y el cetro.
Nos haces morir, ahogando
la oculta voz que en tu pecho
tu error y nuestra inocencia
a gritos te está diciendo.
Nos haces morir, oh rey,

mas de tu fallo sangriento
al tribunal inmutable
apelamos del Eterno,
y antes que el sol treinta veces
del mar se oculte en el seno,
ante el solio te emplazamos
del Juez único y supremo».
Así dijo; a sus palabras
siguió aterrador silencio;
tal vez el tirano mismo
temblaba en su firme asiento.
Breve súplica elevaron
las víctimas al Inmenso,
y en brazos de sus verdugos
a morir se dispusieron.
El hierro oprimió sus carnes,
¡indigno, cruel tormento!
y a poco la horrible caja
de peña en peña cayendo,
el ronco bramar fingía
del hondo mar turbulento,
o el ruido que en la sierra
produce fragoso el trueno.
La multitud lanzó entonces
un quejido lastimero
que repitieron, dolientes,
en la montaña los ecos.
Paró al fin en la llanura
de muerte el rudo instrumento
destrozado por los golpes,
caliente sangre vertiendo;
en él, aún palpitantes
de los hermanos los restos,
contemplábanse causando
horror y lástima a un tiempo.
Al verlos, con hondos ayes
la multitud hirió el viento,
y acerbo llanto del alma
triste derramó por ellos.
¡Ay! aquel llanto piadoso
al mundo estaba diciendo
su inocencia, y demandando
justa venganza a los cielos.
Hundióse el astro del día,
la noche tendió su velo,
y a poco se alzó la luna
en el azul firmamento.
Al resplandor misterioso

de sus rayos macilentos
y de pálidas antorchas
al rojo fulgor siniestro,
en tanto que el rey partía
de Alcaudete al rudo asedio,
viéronse de Calatrava
cien ínclitos caballeros
conducir a sus hermanos
en funerario cortejo
para darles sepultura
de Santa Marta en el templo.
¡Oh! benditos los que en alas
de puro y cristiano celo
llegan al pie del cadalso
a dar tan piadoso ejemplo.

V

La voz de la conciencia.

En Kiurin la musulmana,
ciudad populosa y bella
que por las cristianas huestes
de Jaén el nombre lleva;
la que prados de esmeralda
cabe sus muros ostenta,
que el Darro en su lento curso
con sus claras linfas riega,
entre el agitado pueblo
ansiedad profunda reina;
y el bronce herido en las torres
con tristes sonos expresa
que por la salud del rey
plegarias el clero eleva.
Sí, que el mísero monarca,
de terror el alma llena,
del cielo espera el alivio
que le negara la ciencia.
Misterioso mal le aflige,
largas noches pasa en vela
y ensangrentados fantasmas
le persiguen y atormentan.
Tal vez sediento de vida
al campo su afán le lleva,
mas triste el campo a sus ojos
cual la ciudad se presenta;
rojo ve el azul del cielo,
rojo el sol y las estrellas,
y hasta las aguas del Darro

un mar de sangre le muestran.
Entonces torna a su alcázar
con faz triste y macilenta,
mas del pueblo oye a su paso
esta predicción horrenda:
–¿Visteis al rey?– Ah, su rostro
su fin próximo revela.
–¿Cumple hoy el plazo?– Mañana.
¡Dios su perdón le conceda!
Y en vano sus servidores
oficiosos le rodean,
e ilusiones y esperanzas
en vano mostrarle intentan,
que él nada escucha; en su mente
reina tan sólo una idea ...
¡Mañana ...! el fatal mañana
de pavor su sangre huela
sonando siempre a su oído
con entonación siniestra.
Como Baltasar que escrita
vio en el muro su sentencia,
figúrase en las paredes
de su morada opulenta
ver el ¡*mañana!* terrible
que le acongoja y aterra.
En caracteres de fuego
contéplalo por doquiera,
y es que en su pecho se alza
el grito de la conciencia.
Triste noche, triste noche,
su calma el sueño le niega,
y su alma entre tormentos
se agita, de paz sedienta.
Y así ve de aquel mañana
rayar la aurora funesta;
tal la suerte es del impío
que a Dios olvida en la tierra.

VI

El juicio de Dios.

Es del templado setiembre
una silenciosa tarde,
de esas que lucen tan sólo
en pueblos meridionales.
Brilla el sol, mas sus ardores
mitigan blancos celajes,
y dar más vida parece

tibio y perfumado el aire.
Jaén se entrega al reposo,
desiertas están sus calles;
también dormitando el rey
lánguido en su lecho yace.
Tras largas noches de insomnio
descansa de sus afanes,
mas su quietud es el brillo
de la luz al apagarse.
Vive y duerme, mas su pecho
de pavor con fuerza late,
que aun en sueños le persiguen
las fantásticas imágenes.
Presa de horribles visiones,
agitado, delirante,
ora los brazos levanta,
ora débil, los abate;
y es que hiriendo están su mente
recuerdos de horror y sangre.

Mas súbito se dibuja
el terror en su semblante;
tiembla cual reo de muerte,
los cárdenos labios abre,
y cual si presentes viera
las sombras amenazantes
de acusadores severos
o de jueces implacables,
«¡Ay, piedad, piedad» murmura
con acento suplicante.
Mas, ah, que a su oído llegan
estas palabras fatales:
«El que jamás piedad tuvo,
del cielo piedad no aguarde;
tiembla, oh rey, que ya de vida
te restan pocos instantes.
Ante el Tribunal Eterno
a comparecer prepárate».
Y en el regio lecho, en breve
sin aliento, palpitante,
fijos y abiertos los ojos
que de espanto dan señales,
lívida la faz severa,
yerto y mudo contemplábase
al desdichado monarca,
y horror causaba mirarle.

Dos horas después, inquietos
traspasaban los umbrales
del alto alcázar sombrío
caballeros y magnates,
y en derredor del palacio,
lleno de dudas y afanes,
en crecientes oleadas
inmenso pueblo agrupábase.
En el balcón viose a poco
un heraldo presentarse
y a la multitud silencio
imponer breves instantes.
—*El rey ha muerto*, tres veces
dijo con voz resonante;
y sorda plegaria entonces
el pueblo lanzó a los aires.
El plazo estaba cumplido,
Dios castigaba al culpable.
Clara la inocencia era
de los nobles Carvajales.

VII

La Cruz del Lloro.

Si pasas, lector, acaso
alguna vez por la villa
que de Martos lleva el nombre
y de la que fiel publica
mil tradiciones la fama
llenas de triste poesía,
cabe al pie del alto monte
verás una cruz sencilla
que sobre gradas de piedra
en tosca columna erguida,
del afligido es consuelo
y de caminantes guía;
la llaman la *Cruz del Lloro*
y diz que fue construida
para perpetuo recuerdo
de las lágrimas que un día
vertió el pueblo a la memoria
de las dos ilustres víctimas
de un rey tirano inmoladas
a la venganza inaudita.
Doquier que tus pasos lleves,
doquier que vuelvas la vista,
de esta lamentable historia
hallarás páginas vivas.

De noche, cuando la luna
al occidente se inclina
su tibia luz derramando
por la desierta campiña,
aun ver creerás de la Peña
sobre la escarpada cima,
de entrambos comendadores
las nobles sombras altivas
citando al crüel monarca
ante la eterna Justicia;
o tal vez en el mugido
del viento, tu fantasía
fingirá los tristes ayes
de multitud compasiva,
que en pos de un féretro llora
una esperanza perdida.

Mas si sentir impresiones
con su fiel relato ansías
mejor que en largas historias
y que en crónicas antiguas,
lo alcanzarás de los labios
del pueblo, que siempre viva
guarda la fe de sus padres
en las tradiciones mismas.
Pregúntale al buen labriego
de las comarcas vecinas,
y él ante la *Cruz del Lloro*
con tosca voz, mas sentida,
del hecho mil accidentes
llenos de melancolía
te referirá, olvidados
por los sabios y cronistas.
Él te mostrará patente
de ambos hermanos la digna
actitud ante el monarca;
él la rápida caída
de la caja, y cómo el pueblo
con ayes el viento hería;
él la admiración por último
y el espanto de Castilla
al saber del rey la muerte,
del plazo al finar el día.
Y en tono franco aunque grave,
con ruda forma y sencilla,
este ejemplo presentando
de sana filosofía,
te dirá que el que soberbio

la cristiana ley olvida,
al fin será castigado
de Dios por la justa ira.
Al escucharlos, tu alma
sentiráse conmovida;
a otra región, a otros tiempos
la mente alzarás altiva,
y al ver cómo el pueblo ama
nuestra religión divina,
comprenderás que aún la frente
mostrar puede España erguida,
luciendo en ella los lauros
de Lepanto y de Pavía;
que la nación que fiel guarda
siempre grande, siempre digna
sólo una fe, una bandera
y un monarca que la rija,
aun triunfar en cien batallas
puede con noble osadía.

